

Farid ud-Din Attar

El libro de los secretos

Edición, introducción y notas de Clara Janés
Traducción de Clara Janés y Said Garby



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Asrâr Nâmé*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Retrato de príncipe persa leyendo, siglo XVII. Biblioteca del Museo de Artes Decorativas, París. © ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la edición, introducción y notas: Clara Janés, 2024

© de la traducción: Clara Janés y Said Garby, 2024

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-597-5

Depósito legal: M. 644-2024

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Introducción
27	Nota a la presente edición
	El libro de los secretos
31	Apartado primero
47	Apartado segundo
69	Apartado tercero
77	Apartado cuarto
87	Apartado quinto
103	Apartado sexto
123	Apartado séptimo
143	Apartado octavo
155	Apartado noveno
171	Apartado décimo
185	Apartado undécimo
211	Apartado duodécimo
243	Apartado decimotercero
253	Apartado decimocuarto
267	Apartado decimoquinto
283	Apartado decimosexto
295	Apartado decimoséptimo
307	Apartado decimoctavo
315	Apartado decimonoveno

Índice

- 339 Apartado vigésimo
- 355 Apartado vigesimoprimerero
- 367 Apartado vigesimosegundo

- 383 Bibliografía

- 387 Índice de nombres

Introducción

«Por una máscara dorada está oculta la cara de la Verdad. Descúbrela tú, ¡oh luminoso sol!, para que pueda verla yo que la amo. ¡Luz!, tú que eres la esencia de todo, el poder creador de todas las criaturas, tú que viajas solo en el espacio, dirige tus rayos que nos deslumbran, para que pueda yo contemplar esta verdad, la más bella que pueda verse.» Así se inicia la «Oración al sol en el momento de la muerte», que figura en el tercer libro del *Brihadaranyaka Upanishad-Khilakānda*¹, en su «Decimoquinto brahmana».

Si la luz es lo que permite la visión, la búsqueda de la «Verdad» nos lleva aún más allá, podríamos decir que nos hace cruzar la barrera de lo visible. Aquel que busca la Verdad, y en este caso ha sido capaz de expresarlo, es un ser humano dotado de una mente generadora de pensamiento,

1. *Gran Upanisad del Bosque [Brihadaranyaka Upanishad] con los comentarios advaita de Sankara*, ed. de Consuelo Rubio, Madrid, Trotta, 2002, p. 451.

que, con este fin, ha empleado todos los medios a su alcance. En primer lugar, pues, ha tenido que despertar su movimiento interior ante sí mismo, y, para ello, ir delimitando el concepto hasta concretarlo en palabra. ¿Pero tienen concepto y palabra existencia en sí? Lo cierto es que ambos pueden cortejar tanto lo visible como lo invisible: un aliento, un secreto.

El paso que debe dar tal búsqueda intelectual involucra, pues, no sólo al pensamiento sino a la palabra; y cada palabra, al fin, abre el campo a innumerables resonancias. ¿Qué es, pues, la palabra? ¿Una creación del concepto? ¿Una suma de sonidos, de fonemas, de letras, de sílabas? Bellamente dijo, de estas últimas, san Agustín: «Luego lo que mido no son las mismas sílabas que ya no existen, sino algo que quedó en mi memoria y que está grabado en ella». Para concluir: «en ti, alma mía, mido yo el tiempo»².

Sabiamente, san Agustín vincula la palabra con su interior y con el exterior, pues es nítido: espacio y tiempo en que ha sido pronunciada tienen su importancia.

La lectura de *El libro de los secretos*, de Farid ud-Din Attar, nos pone, casi sin que nos demos cuenta, ante todo este abanico de cuestiones y de muchas más, y por ello resulta de gran actualidad. En sus versos, entre otras cosas, junto a la palabra, la pregunta sobre la existencia, la duda, la incertidumbre, la mutación, la aparición-desaparición, se despliega lo que Wittgenstein denominó «movimientos del pensar». Se trata de un entramado que induce al poeta a

2. *Confesiones*, IX, 27, traducción, introducción y notas de Pedro Rodríguez Santidrián, Madrid, Alianza Editorial, 2011, pp. 340-341.

afirmar algo semejante a la conclusión del *Tractatus* («De lo que no se puede hablar, hay que callar»)³:

La boca llena de paraíso, el estómago vacío... 1948
Se cogen las tablas de la doctrina, pero no hay nada escrito.

Acaso en este punto, Attar roza también el pensamiento de Platón, en lo que Emilio Lledó destaca en *La memoria del logos*: «Nuestra sabiduría consiste en que hemos construido el entender, o sea, el hallazgo del sentido, a través de la misma ambigüedad de la lengua y a través del fecundo instrumento de la duda. *Todo lo que está dicho está, sin embargo, por decir*. No hay otra seguridad que la que se levante sobre un “discurso acompañado de ciencia” (Fedro, 276e), o sea, acompañado de un código que ayude a descifrarlo»⁴.

Ciertamente a Attar, como a los surrealistas, la contradicción no le asusta; así bellamente escribió en *El lenguaje de los pájaros*⁵: «Como en este camino no hay ni un solo número, decir la parte y el todo carece de sentido». ¿Cabría imaginar que su mente respondiera oponiéndose a un eco del decir de Pitágoras, según el cual la visión del mundo «se centra en la veneración de los números y en la armonía musical»?⁶.

3. Ludwig Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus*, Madrid, Alianza Editorial, 2012, p. 145.

4. *La memoria del logos*, Barcelona, Penguin Random House, 2018, p. 133.

5. *El lenguaje de los pájaros*, Madrid, Alianza Editorial, 2015, dístico 1909, p. 220.

6. Frank Wilczek, *El mundo como obra de arte*, Barcelona, Crítica, Planeta, 2016, p. 28.

De hecho, para Attar es la búsqueda misma la que otorga sentido a sus «movimientos», y aunque él se sienta prisionero del lenguaje, sigue inmutable, y confiesa:

Parezco un virtuoso; magia consumada es lo que expongo. 3152
Esto es lo que hago, en verdad.

* * *

Farid ud-Din Attar nació en la ciudad de Nishapur, situada en el noreste de Jorasán, provincia de Irán fronteriza con Afganistán. Los datos que nos han llegado respecto a su vida son un tanto inciertos. Al parecer vio la luz entre los años 1120 y 1157, y su apelativo, Attar, indica que pudo ser vendedor de perfumes y pócimas curativas y ejercer la medicina. Él mismo escribió que había compuesto versos en la *daru-jané*, esto es, la farmacia o droguería. Borges nos relata en sus *Nueve ensayos dantescos*⁷ el siguiente suceso: «una tarde entró un derviche en la droguería, miró los muchos pastilleros y frascos y se puso a llorar. Attar, inquieto y asombrado, le pidió que se fuera. El derviche le contestó: “A mí nada me cuesta partir, nada llevo conmigo. A ti en cambio te costará decir adiós a los tesoros que estoy viendo”. El corazón de Attar se quedó frío como el alcanfor. El derviche se fue, pero a la mañana siguiente, Attar abandonó su tienda y los quehaceres de este mundo». Ecos de esta historia los hallamos reiteradamente en *El libro de los secretos*. La clara consecuencia de este suceso fue, por parte de Attar, abrazar el sufismo.

7. Jorge Luis Borges, *Nueve ensayos dantescos*, Selecciones Austral, Espasa-Calpe, 2.ª ed., 1983, p. 141.

De hecho, con certeza, de la vida del maestro de Nishapur se sabe poco, empezando por las fechas de nacimiento y muerte. Algunos creen que esta última aconteció en torno a 1229, como consecuencia de la toma de la ciudad por los mongoles. Ateniéndonos a lo que él mismo dejó escrito, acudió a la escuela teológica del santuario del imam Reza de Mashad y años después viajó a La Meca y también a Rey, Damasco, Egipto, Turkestán y la India. Estos viajes tenían, en general, como fin, la enseñanza y, a la vez, el aprendizaje, y no sólo porque durante ellos recababa datos sobre los grandes santos islámicos para escribir luego su *Memorial de santos* (*Tadkirat al-ouliá*). Tras esta etapa viajera, Attar regresó a Nishapur, pero más adelante fue juzgado por herejía y exiliado durante un período, como consecuencia de sus críticas a la hipocresía y avidez de los clérigos oficiales. Posteriormente pudo volver a su ciudad natal, donde vivió hasta el fin de sus días.

Dentro de la literatura persa, la época en que vivió Attar se distingue por un desarrollo conjunto de la escritura y la mística en dicha lengua, y no solamente en árabe. En este momento, por otra parte, el sufismo conoce una difusión creciente y ve sus prácticas fijadas gracias a las primeras *tarikas* o cofradías.

Uno de los géneros favoritos de la literatura del país fue la epopeya versificada de estilo novelesco o didáctico. De este género se nutrieron Attar y Nizami, los dos poetas más ilustres de su generación. Ambos siguieron la vía marcada por Sanaí un siglo antes, inspirándose en su *Hadiqat* (*El jardín de la verdad*, de 1131). Es interesante resaltar que una de las obras de Nizami se tituló *Makbzan-al Asrâr*, es decir, *El depósito de los secretos* (o de los *misterios*, de 1174). Pero Ni-

zami se decantó por el género novelesco, del que sería maestro incomparable; véase como ejemplo su relato de la leyenda de *Layla y Machnún*.

En cuanto a Attar, hasta el final de su larga vida permaneció fiel a la vía marcada por Sanaí, llamado el «Santo de Ghazna» (por ser originario de dicha ciudad, en el actual Afganistán), y reservó para la epopeya mística una función didáctica. El éxito que conoció a lo largo de generaciones, y se mantiene aún en nuestros días, originó la floración de numerosos imitadores. Sin duda por ello le atribuyeron un centenar de obras, de las cuales, al parecer, sólo una docena serían auténticas.

El *Asrâr Nâmé*, es decir, *El libro de los secretos* (o de los misterios), es una de las tablas del políptico que componen el *Manteq ol-Tayr* (*El lenguaje de los pájaros*), el *Elâhi Nâmé* (*El libro de Dios*) y el *Mosibat Nâmé* (*Libro de las adversidades*), que, entre las obras de Attar, son las mejor conocidas en el mundo occidental.

Aunque *El libro de los secretos* es uno de los *masnavís* (poemas formados por pareados) más breves de Attar, no es desdenable por su número de versos, pues consta de 3.305 dísticos. La voluntad de su autor de convertir la obra en enseñanza no empece que se vea envuelta siempre en un alto hálito poético; por ello el estilo elegido, en apariencia sencillo, donde nunca se utiliza una lengua ampulosa, convierte la obra en una cumbre literaria. La palabra y sus destellos, como las irisaciones de una perla, está ahí protagonizando la nitidez del lenguaje, y por otra parte, la honestidad original de la obra da prueba de la legitimidad de su magisterio.

El libro de los secretos, más que ninguno de los textos de Attar, tiene un carácter de vademécum, no sólo para los

en aquella tradición que dice que el maestro desapareció durante las masacres perpetradas por los mongoles, habría fallecido en 1220.

¿Hay seguridad respecto a dichas ubicaciones temporales y, concretamente, por lo que se refiere a *El libro de los secretos*? No cabe duda de que la sabiduría que éste encierra es la propia de quien ha llegado a una cumbre y se dispone a transmitir, como legado, su experiencia. Casi podríamos decir que, en su segunda mitad, *El libro de los secretos* es una variación *in crescendo* del tema de la muerte, la cual no es sólo considerada bajo el prisma iniciático de «muerte voluntaria», sino como prueba final. En este punto, el hombre, dividido entre temor y esperanza, parte hacia lo desconocido. Así leemos:

Respondió: «Hace casi cien años 3245
que llamo obstinadamente a una puerta.

Dentro de nada Él la abrirá de golpe.
He aquí por qué, desesperado, lloro,

pues no sé si esta puerta se abre
a la desgracia o a la felicidad».

Semejante destino final, ve con nitidez Attar, ha ido presentándose a través de la fugacidad de las cosas y de los años. Por ello, en más de una ocasión, increpa a un anciano con el que, generalmente, se identifica y del que nos dice está apenas destetado de las seducciones del mundo:

No ha remitido un átomo tu ambición, oh anciano. 2570
Se diría que eres todavía un niño por destetar.

En esta hora tuya, no es admisible la avidez.
¿Cómo puedes pecar con la cabeza cana?

Con progresiva e imperiosa insistencia, Attar exhorta a la razón y sobre todo a «despertar del sueño del olvido» o ignorancia del Altísimo, y lo hace en un tono de confesión íntima, a veces en apariencia patética, pero cuyo trasfondo no es el de un hombre avejentado. El destinatario de los versos capta perfectamente que esa apariencia es un anzuelo del poeta para hacerse con su confianza, y por ello no expone sus concepciones escatológicas de un modo impersonal. Ahora bien, Attar manifiesta, por otra parte, cierta desazón, pues lo que quiere dejar claro es la Inaccesibilidad de Dios, único en conocer la «Ciencia de los secretos»:

Nadie conoce el secreto divino.

Cautivos somos, desde la luna al pez.

1962

Pues sólo quien conoce los misterios, conoce la Ciencia de los misterios.

Por esta razón tras el velo sigue oculta.

Así, silencioso y resignado, concluirá sus dísticos, lanzando el ancla en el Mar del Dolor, sin una mirada para el mundo, pues:

En el mundo, agua de rosas y almizcle son lágrimas y sangre. 2044
Locura es esperar de la sangre y las lágrimas felicidad.

Por otra parte, Attar cierra el libro con una nota de esperanza, y firmándolo:

Del mar del conocimiento, oh Attar,
con tu lengua de diamante tallas gemas de elocuencia.

3143

Aquí abajo gozas de todas las credenciales
pues has concluido *El libro de los secretos*.

La autenticidad del libro queda, pues, establecida ya que la firma ratifica el hecho de que se halle integrado entre los manuscritos más antiguos de las obras completas del maestro⁸.

Los manuscritos

Monzaví, en su catálogo de la obra de Attar, cita de *El libro de los secretos* unos cincuenta manuscritos. De todos ellos, el que goza de mayor autoridad es el publicado por Sâdeq Gowharin en Teherán en 1959 –del que aquí se parte–, reproducción del que se halla en la Biblioteca de Teherán, fechado en 1334.

Entre las variantes existentes cabe destacar dos manuscritos conservados en el Museo de Konya con fechas de 1298 y 1301. La presencia en Konya del más antiguo podría explicarse de este modo: según la tradición, el ejemplar de *El libro de los secretos*, entregado por Attar a Rumi, le fue confiscado cuando su maestro, Shams de Tabriz, echó todos sus libros en el estanque de la madraza, como ejemplo de que la luz interior no procede de la erudición. Emociona-

8. Más de la mitad de las cincuenta copias pertenecen a las *Obras Completas*, A. Monzaví, *A catalogue of Persian Manuscripts*, Teherán, Fehrest, 1969, p. 2628 sq., vol. IV.

do por la congoja del joven, Shams repescó ese precioso ejemplar, y ningún otro.

El hecho de que el manuscrito más antiguo se haya conservado en Konya nos habla del apego espiritual que los sufíes de Anatolia tenían por Jalál ud-Din Rumi, el cual no dejó de mencionar la deuda con el libro de Attar en toda su obra.

Por otra parte, la única traducción del *Libro* disponible cuando Monzaví hizo el catálogo, aunque abreviada, era una traducción al turco, lo que subraya la correspondencia de los datos tradicionales y literarios y da prueba de la influencia de Attar en los círculos melevíes.

La composición de *El libro de los secretos*

Esta obra, como se ha dicho, es un *masnaví*; ahora bien, según las copias, el número de dísticos puede ir de 2.400 a 3.250. En el que publicó Gowharin es de 3.305. También se ha apuntado ya que la métrica de *El libro de los secretos* es la que emplearon Nizami y Gorgani respectivamente en sus epopeyas novelescas.

Dejando de lado la doxología tradicional, *El libro de los secretos* se presenta como un todo dividido en distintos «Apartados», cada uno de los cuales incluye unos relatos, titulados «Historia y ejemplo», siguiendo el estilo iniciado por Sanaí en su *Jardín de la verdad*. Éstos consisten en una o más anécdotas breves, que, en efecto, ejemplifican el prolegómeno expuesto en el «Apartado». Sin que sea una regla, uno o dos dísticos constituyen la transición, el paso entre la parte teórica y la anécdota. Es de destacar que los tres

«Apartados» de alabanzas a la divinidad o doxología carecen de dichas «historias».

Ya hemos señalado que la sucesión de las secciones y de las «historias» no responde a lo que sería un plan lógico para una doctrina, diríamos, de tipo occidental. Attar emplea un método iterativo, acorde con la enseñanza oral impartida por los maestros en los cenáculos. Los relatos que, con frecuencia, apuntan a sensibilizar al lector o discípulo sobre conceptos difíciles aparecen, de hecho, como un compendio del repertorio de Attar, cuyos protagonistas son los grandes maestros del sufismo de los siglos *v* y *vi* de la Hégira, de Jorasán y Bagdad, como Shibli, Hal.lach, Bayazid Bistâmi o Abu Saíd, además de los héroes de la epopeya nacional iraní.

En cuanto a la relación entre la doctrina transmitida y la narración, queda claro que la narración está en función de lo doctrinal, pero el aliento poético y la fuerza de la palabra dan vida a cada uno de los dísticos del libro.

Interior-exterior

Entre la lúcida obra del físico del siglo *xx* Werner Heisenberg, cabe destacar un libro de amplio alcance, *Philosophie. Le manuscrit de 1942*, donde podemos leer: «La vida psíquica consciente está unida de modo continuo a una vida inconsciente mucho más amplia, respecto a la cual se comporta igual que el juego de ondas de la superficie del océano respecto a los movimientos que se producen en las profundidades»⁹. La imagen aquí empleada, que relaciona

9. *Philosophie. Le manuscrit de 1942*, París, Éditions du Seuil, 1998, p. 339.

Por otra parte, dado que conocemos este «movimiento», sabemos que no somos quienes somos de modo absoluto. En todo ese intercambio interior-exterior, el yo se va haciendo con la vida, y por ello es fluctuante, «ondulatorio», y está aquí y allá, dependiendo de algo ajeno, como la partícula, a la cual la luz modifica. Por ello cualquier afirmación resulta relativa. Ciertamente las circunstancias exteriores son de peso, pero la interioridad –la conciencia– marca el diálogo. ¿Cómo enfoca, pues, Attar la conciencia?

Tú estás aquí en posesión de tu conciencia.

Esta conciencia, aquí, no será más que una palabra vana.

Te ahogarás en esta luz hasta tal punto,
que este alborozo te hará olvidar la vida.

1104

¿Se opone, pues, la vida a la conciencia? o, digamos, ¿es el contacto con el mundo exterior mera contraposición al mundo interior? Ibn Arabí había advertido, en su día, refiriéndose a Dios:

Entre su lejanía y su vecindad tal vez mi suerte se halle [...]

Confía en que la divina providencia (‘indyā illāhiyya) haya previsto en su preeternidad (qidam) eliminar esta permanente contradicción entre la proximidad y tal alejamiento¹⁴.

Al decir de Wittgenstein, lo que cuenta es el mundo interior: «Presupongo el interior en la misma medida en que

14. *El intérprete de los deseos*, ed. de Carlos Varona Narvi6n, Editora Regional de Murcia, 2002, p. 217.

presupongo un *ser humano*»¹⁵. Ahora bien, ¿qué realidad tiene ese interior? De hecho es también una «palabra vana», pues «El *interior es una ilusión*. Lo que quiere decir que todo el complejo de ideas al que se ha hecho alusión al emplear esta palabra es como un telón de escena pintado, echado delate de la escena de su empleo efectivo»¹⁶.

Éste sería el «alborozo» de Attar, pero la vida:

Las puertas y los muros del paraíso están hechos de vida; 759
su parterre y su cúpula son la entrega.

¿Dónde, pues, se sitúa la vida? «Incluso lo que sucede interiormente sólo tiene sentido en el flujo de la vida», nos dice Wittgenstein¹⁷. Es decir, ¿tiene existencia el más allá? ¿Adónde conduce la muerte? Attar acoge una nueva contradicción:

La muerte del cuerpo niega el valor a la vida. 2005
¿Merece la pena toda una vida muerta?

Éste es otro dístico de rabiosa actualidad, y despierta el eco del gran poeta español del siglo XX Juan Eduardo Cirlot, que tituló parte de su obra *Cantos de la vida muerta*.

Llegados a este punto, leamos:

Bien dijo aquel de espíritu suff: 3260
«Tres cosas deseo que me conceda el Altísimo:

15. *L'intérieur et l'extérieur, op. cit.*, p. 108.

16. *Ibid.*

17. *Ibid.*, p. 46.

Primero: morir sin dolor durante el sueño.

Segundo: en la muerte, seguir en sueño hasta el día del juicio.

Tercero: lo que es mejor no decir.

¿Qué digo?, que no cabe en la palabra».

«... Dios es la cosa más segura, la única de la que no hay que dudar; bueno es el que sabe, malo es el ignorante: obrar mal es obrar erróneamente, obrar bien es obrar con justicia: el mal es tan erróneo como una solución geométrica falsa. Esta forma de pensar tiene su consecuencia: tenemos que imaginarnos a un Dios que no sólo juegue al ajedrez consigo mismo, sino que sea juego de ajedrez, reglas del juego y tablero al mismo tiempo. Estudiar las jugadas equivale a estudiar al Dios; no hay nada que averiguar aparte del determinismo del juego, nada que enunciar acerca del jugador», escribió Friedrich Dürrenmatt¹⁸.

Mejor callarse, sí, mejor callar. ¿Por qué se da un horizonte de tanta contradicción? Con claridad Attar nos dice –y había recurrido precisamente al tema del ajedrez en los dísticos 1795 a 1800– de qué se trata:

Soy como los dados, que oscilan en seis sentidos 3249
sin conocer en qué punto se detendrán.

¿Y por qué dijo Einstein: «Dios no juega a los dados»?¹⁹.

18. Friedrich Dürrenmatt, *Albert Einstein*, Barcelona, Tusquets Editores, 1982, p. 31.

19. José Manuel Sánchez Ron, *Albert Einstein. Su vida y su obra*, Madrid, Crítica y Fundación BBVA, 2015, p. 383.